

OTRAS LETRAS

Matar al padre

Nadie ha ejecutado a un padre de forma tan innecesaria como la escritora Harper Lee. De su cabeza había brotado el progenitor total, aquel Atticus Finch en el que todo parecía sublime, incluida la belleza refinada que le aportó Gregory Peck en la versión cinematográfica de *Matar a un ruiseñor*. Paradigma del respeto al diferente, de la dignidad y el sentido de la justicia, aquel superpadre definido como personaje en 1960 decía cosas como: «Uno no comprende realmente a una persona hasta que no se mete dentro de su piel y camina dentro de ella». Con este abogado sureño fabulamos durante décadas hasta que una revisión sospechosa del personaje publicada por Harper Lee en el 2015 nos entregó a un padre nuevo, intolerante y con disposiciones racistas, un verdadero sacrificio freudiano de todo aquel caudal paternal que Atticus había esparcido por Occidente durante tantos años.

Liquidado de forma tan bestial el padre de Scout (la hija que regresa a Maycomb en la controvertida *Ve y pon un centinela*), deberíamos haber estado preparados para todas las matanzas de padres que estaban por venir. Una histórica tenía lugar estos días en Madrid, en el Congreso, en el corazón de una institución organizada precisamente en torno al hecho de ser hijo, aunque sea un hijo muy concreto: el mayor y no el pequeño, el hombre y no la mujer, el Borbón y no el Rodríguez. La monarquía se sustenta en algo cruel y es que el progreso del hijo depende de la muerte del padre y aunque aquí se ha optado por un disimulo institucional que ha provocado la rareza de convivir con dos reyes (y con dos papas), en la práctica un rey solo existe si no tiene padre. La ausencia de Juan Carlos I demuestra que para los monarcas vigentes el anterior es un cadáver institucional y nada mejor que expresarlo cuando se cumplen 40 años del fin de la dictadura, a la que increíblemente por vez primera un rey, este rey, llamó por su nombre. Fue el miércoles.

Vuelta de hoja

El hombre de Langley



● Miguel-Anxo Murado
Escritor y periodista

En esta semana de conmemoraciones por el cuarenta aniversario de las elecciones de 1977, se me vino a la cabeza que yo conocí en una ocasión al hombre que, en opinión de algunos, fue quien pilotó realmente la transición. No era el rey Juan Carlos, ni Suárez, sino un militar norteamericano que hablaba gallego.

Fue hace bastantes años, en un curso de verano de El Escorial. El general Vernon Walters, puesto que de él se trata, venía a sentarse todos los días a comer y a cenar con nosotros, tres amigos periodistas. Yo le caía bien simplemente porque era gallego. Me explicó que, como él hablaba portugués, se había preocupado de aprender las diferencias entre los dos idiomas. Dominaba otros siete u ocho. Esa habilidad para las lenguas era lo que le había permitido empezar la Segunda Guerra Mundial de cabo y acabarla de comandante, para luego convertirse en traductor y asesor de siete presidentes norteamericanos, además de diplomático y espía. Porque Vernon Walters, y esa es la cuestión, había sido subdirector de la CIA.

Y no cualquier subdirector de la CIA. Una reputación sulfurosa le precedía. Este era el hombre del que se decía que había orquestado el golpe de Estado de 1964 en Brasil y el de 1973 contra Allende. Había vi-

sitado el Portugal revolucionario en agosto de 1974 y en septiembre ya se había producido el fallido contragolpe de Spínola. En 1989 le habían hecho embajador en Alemania y al poco se cayó el Muro. Apenas hay una historia oscura de la Guerra Fría en la que no salga a relucir su nombre: el asesinato de Letelier, los atentados contra Castro, la contraguerrilla en Angola, la Operación Gladio en Italia, Watergate... Cuando en las películas aparece un jefe de

la CIA cínico e implacable se puede decir que es una versión del general Walters, suavizada.



ILUSTRACIÓN ED

La verdad es que resultó ser un tipo simpático al que le encantaba hablar. Uno podía escucharle durante horas contar cómo había organizado el famoso viaje de Nixon a China, o cómo metía clandestinamente a Kissinger en Francia para las conversaciones secretas con Vietnam del Norte: «Usá-bamos el avión privado de Pompidou diciendo que era para su amante, porque nos parecía que eso no iba a llamar la atención en Francia. Desgraciadamente,

llamó la atención de la señora Pompidou».

Un día le pregunté directamente qué había de cierto en lo que se contaba de que era él quien había movido los hilos la transición española desde el cuartel general de la CIA en Langley, Virginia. Se rio. «Tonterías». Pero entonces empezó a contarnos su relación con España desde que de adolescente había aprendido español en el Biarritz de los monárquicos recalcitrantes que escapaban de la República. Nos contó la famosa visita de Eisenhower a Franco de 1959, en la que él aparece en segundo plano en todas las fotos, como un alcahuete; su entrevista secreta con el Caudillo en 1971 para acordar lo que sucedería después de su muerte («No tenía ya fuerzas ni para abrir el sobre con la carta de Nixon»); su papel oscuro en la Marcha Verde y la ocupación del Sáhara; su operación de protección de Felipe González con agentes de la CIA («Teníamos miedo de que lo matase la extrema derecha»); sus presiones a Suárez para que no se presentase a las elecciones de 1977; su trabajo para que España no saliese de OTAN. Nos dejó un poco pensativos.

«Naturalmente», se apresuró a añadir, «nada de esto tiene importancia y no resta ningún protagonismo en la transición al sereno pueblo español y sus prudentes líderes». Dio un largo sorbo a su copa, se limpió la boca con la punta de la servilleta y nos dirigió una sonrisa enigmática.



Real Asociación
Amigos
Museo
Reina Sofía

GRACIAS

A todos nuestros socios.

Por su generosa colaboración con la que podemos apoyar al Museo a través de donación de obras de arte y otras acciones.

Tú también puedes colaborar y disfrutar de las ventajas de ser socio.

www.amigosmuseoreinasofia.org
c/ Santa Isabel, 52 - 28012 - Tel: 915 304 287
asociación@amigosmuseoreinasofia.org